

La generación de teoría antropológica en América Latina: Silenciamientos, tensiones intrínsecas y puntos de partida

Esteban Krotz¹

El objetivo de este ensayo² es contribuir a la aclaración del proceso de generación del conocimiento científico en antropología y, en particular, al reconocimiento de las características propias, distintivas, de la antropología producida en «el Sur», que podrían convertirse en aportación para la antropología universal. Está dividido en tres secciones. Primero se presenta de manera somera el surgimiento de las antropologías del Sur (que incluyen las latinoamericanas) y su silenciamiento. En segundo lugar se abordan varias de las «tensiones intrínsecas» de estas antropologías. Finalmente se esbozan puntos de partida para el desarrollo futuro y la promoción de esas antropologías del Sur.³

Antes de entrar en materia y para evitar malentendidos, es pertinente aclarar aquí que por «antropología» se entiende la totalidad del proceso de producción de conocimientos antropológicos, un proceso cultural en el cual intervienen muchos elementos constitutivos. No parece adecuado hablar de un «discurso» antropológico y «su contexto», porque esto sugeriría que existe algo (enunciados, modelos) que se puede transplantar tal cual. Por lo general, un proceso de migración o de difusión, implica en alguna medida la transformación de lo que se desplaza y, en todo caso, al integrarse lo difundido a una realidad distinta de la original, esto acaba de transformarlo. Como cualquier fenómeno cultural, la ciencia se origina en un lugar y al ser transplantada, sufre modificaciones.

Sin embargo, frecuentemente en la historiografía de las ciencias, incluida la de las ciencias sociales, se encuentran tales apreciaciones erróneas. Resulta difícil sostenerlas si uno deja de entender por ciencia una serie de enunciados y la concibe como un proceso de producción en el cual intervienen muchos elementos de modo constitutivo y donde, por ejemplo, no se pueden separar tajantemente

¹ Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Autónoma de Yucatán, 9700 Mérida, Yucatán y de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalpa (México, D.F.)

² Se basa en la conferencia impartida el 4 de septiembre de 1995 en la Universidad Nacional de Colombia en el marco del seminario «Antropología latinoamericana: crisis de los modelos explicativos». Agradezco a la Profra. Myriam Jimeno, Vicepresidenta Regional de la Asociación Latinoamericana de Antropología su iniciativa y hospitalidad que hicieron posible el evento, a los profesores Roberto Cardoso de Oliveira y Gustavo Lins Ribeiro sus comentarios y a la Profra. Marta Zambrano su ayuda para la elaboración de este escrito.

³ Es posible que lo que sigue, refleje en exceso las antropologías con las que el autor se encuentra más familiarizado, particularmente la mexicana, limitación que la comparación sistemática con la antropología en otros países latinoamericanos podrá subsanar.

los productores de lo producido. ¿No tenemos que recurrir a toda la paleta de elementos, desde la lógica del sentido común hasta la historia regional o nacional específica, desde la configuración particular del sistema universitario correspondiente hasta el autoritarismo de un régimen político, para comprender cabalmente el cuadro de una determinada antropología? Otro ejemplo: aunque es innegable la importancia de los enunciados en la ciencia, igualmente importante es su circulación —sólo el estudio de ambos elementos nos explica determinada coyuntura teórica. No podemos restringir la historia de la antropología a la historia de «ideas» libremente suspendidas en el aire, analizar sólo lo que perduró escrito en revistas y libros. Sin conocer las particularidades de las bibliotecas y de la industria editorial, de los sistemas de correo y de pago a distancia, de las formas de organizar y financiar revistas académicas en los países del Sur, es difícil entender el surgimiento, el desarrollo o la ausencia de ciertos debates antropológicos —todos estos elementos son elementos constitutivos.

1- La emergencia de las antropologías del Sur y su silenciamiento

El establecimiento de la antropología como disciplina científica se produce en el entrecruzamiento de dos procesos emergentes. Uno es la expansión a escala mundial de una sola civilización, proceso en el que se conjugan capitalismo e industrialismo, nacionalismo y misión cristiana, expansión demográfica de la raza blanca y militarismo, búsqueda de mercados y de materias primas y afán por conocer y entender la totalidad de la realidad empírica del globo terráqueo. El otro es la hegemonización de un único tipo de conocimiento caracterizado por una determinada organización social de sus practicantes y ciertas formas establecidas por las comunidades de estos últimos para validar enunciados sobre la realidad; como se sabe, esta nueva forma de conocimiento, llamada «ciencia», no sólo se opuso a todas las formas de conocimiento previamente hegemónicas (tales como teología y filosofía), sino que puso en entredicho a todas las demás.

Con variaciones derivadas de las tradiciones políticas y académicas propias de cada una de las naciones que se repartieron en aquella época el mundo entre sí, surgió paulatinamente la antropología como un campo de conocimiento propio dentro del conjunto de las ciencias sociales. En sus inicios, esta nueva ciencia se dio a la tarea de ordenar la gigantesca cantidad de noticias acerca de otras culturas acumuladas desde hacía siglos en relatos y reportes, bibliotecas, colecciones etnográficas y museos, a las que se agregaban desde fines del siglo XVIII, caudales crecientes de nuevas informaciones aportadas por marineros y aventureros, migrantes y militares, colonos y comerciantes, misioneros y periodistas y finalmente, también expedicionarios científicos.⁴ La comparación de las culturas del mundo y la búsqueda de una

⁴ Como es usual, se privilegió aquí la fuente más importante de información etnográfica para la nueva ciencia, a saber, las exóticas culturas de ultramar. - Ilustra al respecto el número monográfico de la revista *Nueva Antropología* (vol. IX, febrero de 1988, número 30) sobre «El Occidente y lo otro».

explicación de la diversidad cultural en el tiempo y en el espacio, acorde con los parámetros considerados científicos en aquel tiempo, llevó al nacimiento de lo que puede llamarse el primero —y hasta ahora único— paradigma⁵ antropológico, el evolucionismo decimonónico. Acertadamente se suele considerar el ingreso de los primeros representantes de la nueva ciencia a los recintos más típicos del conocimiento científico hegemónico desde entonces, las universidades, el inicio de la formación profesional sistemática de los futuros miembros de la comunidad antropológica y la publicación de los primeros manuales, como culminación de la fase fundacional de la nueva disciplina científica.

No deja de ser curioso que el establecimiento en el seno de la civilización noratlántica de una cada vez más próspera y exitosa disciplina científica dedicada especialmente a la diversidad cultural haya ido a la par del esfuerzo masivo y sostenido de esta misma civilización por anular tal diversidad. El Estado nacional con sus escuelas, su ejército y sus aparatos administrativos, la dinámica propia de la técnica moderna y de la producción industrial «eficiente», la misión religiosa y el arraigado desprecio por todo lo que desde la apreciación eurocéntrica e incluso racista del progreso sólo puede considerarse como inferior y por tanto destinado a desaparecer —todo esto se ha conjugado durante generaciones para disminuir e incluso borrar la heterogeneidad cultural a favor de una creciente homogeneidad a escala planetaria.

Es sabido que tal homogeneidad cuyos apologetas han celebrado las maravillas de la «globalización» y el «fin de la historia», no se ha dado. Es más, con el tiempo, el mismo modelo civilizatorio noratlántico ha creado nuevas heterogeneidades a nivel mundial. Hoy en día, la más honda de éstas, opacada largamente por el conflicto oeste-este, vuelve aparecer con rostros nuevos. Resulta ahora más visible que antes, que no nos encontramos ante una desigualdad pasajera de carácter tecno-económico, sino que se trata de una división mucho más profunda y envolvente, cuyo análisis debe incluir no sólo las esferas de lo político y de lo militar, sino también las relaciones entre los géneros y las generaciones, la cosmovisión y el conocimiento, la dinámica de la vida cotidiana y de la búsqueda del sentido, los sentimientos y la corporalidad, las esperanzas y los sueños. En fin, además de tratarse de una división del trabajo, es también una división de carácter cultural a escala planetaria. Nombrada durante el siglo XIX en los términos de la oposición civilización y salvajismo/barbarie, ha sido posteriormente identificada en los binomios desarrollo-subdesarrollo, modernidad-tradición, dominación-dependencia, metrópolis-periferia, globalización-localismo. Todos estos aspectos están presentes cuando se usan los términos metafóricos de la oposición Norte-Sur. Su apariencia geográfica no debe hacer pasar por alto que hay zonas de tipo del Norte en muchas ciudades del Sur y que en la mayor parte de los países del Sur se observan declives internos de alguna manera semejantes, y hasta paralelos, a los que existen

⁵ A diferencia de Cardoso de Oliveira (1988:15;156) se usa aquí el término paradigma en un sentido semejante a Kuhn (Krotz 1981: 63-97).

entre países (por ejemplo, entre ciudad capital y provincia, entre capital de provincia y región, entre instituciones de educación superior en el centro y los márgenes de un país, etc.). Por otra parte, está ampliamente documentado que situaciones típicamente sureñas de pobreza y miseria, marginación y enajenación existen, y al parecer se están extendiendo cada vez más, también en el seno de los países pertenecientes al Norte.

Durante varios lustros, también en América Latina, se desarrollaron multitud de esfuerzos originales por analizar la diferencia Norte-Sur, sus causas, sus consecuencias y sus posibles transformaciones. Su principal logro consistió, sin duda, en la demostración de que la situación del Sur no era una de retraso en términos de algún parámetro objetivo o con respecto al nivel de alguna manera «avanzado» del Norte, sino que el carácter socio-cultural del Sur respondía en alto grado a la presión que el Norte había ejercido desde hacía tiempo sobre el Sur y que, complementariamente, el estado de cosas logrado por el Norte se debía, en buena medida, a su explotación secular del Sur.

El fuerte economicismo de estos análisis impedía que los aspectos de tipo cultural-simbólico fueran tomados en cuenta; así, muchos planos de la realidad social y una gran variedad de sus transformaciones no se hicieron visibles o conscientes. Uno de los cambios poco tematizados se refiere a la ciencia en general y a la antropológica en particular. Se trata del hecho de que en el Sur — tradicionalmente el habitat principal de los objetos de estudio de la antropología— las ciencias antropológicas se arraigaron y cobraron vida propia. Aunque hubo en algunos países antecedentes tempranos, es particularmente en el último cuarto del presente siglo que en muchas y cada vez más partes del Sur se han establecido instituciones académicas, todo tipo de congresos, periódicos y museos, revistas especializadas y asociaciones profesionales, proyectos editoriales y programas de investigación de largo aliento. Más recientemente un buen número de los tradicionales programas de licenciatura de estos países se ha visto complementado con maestrías e incluso doctorados.

En vista de esta situación puede recordarse la advertencia de (García Márquez 1986: 174-176) sobre la «insuficiencia» de las palabras, ya que,

cuando nosotros hablamos de un río, lo más lejos que puede llegar un lector europeo es a imaginarse algo tan grande como el Danubio que tiene 2.790 km. Es difícil que se imagine, si no se le describe, la realidad del Amazonas que tiene 5.500 km. de longitud. Frente a Belén del Pará no se alcanza a ver la otra orilla, y es más ancho que el mar Báltico. Cuando nosotros escribimos la palabra 'tempestad', los europeos piensan en relámpagos y truenos pero no es fácil que estén concibiendo el mismo fenómeno que nosotros queremos representar. Lo mismo ocurre, por ejemplo con la palabra 'lluvia'. . .»

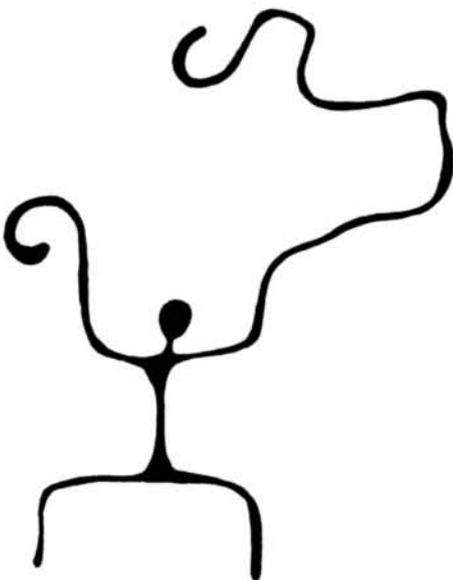
Lo que apunta el novelista para la relación cultura-lengua y medio ambiente natural, vale también para muchos otros fenómenos en el Sur, tales como la política, la familia y la religión y, para

quedarnos con el tema de este ensayo, para la ciencia, sus procesos de producción y sus instituciones: también aquí se emplean palabras que se usan en otras latitudes y, de hecho, no se habla de algo totalmente distinto que allá, pero tampoco de lo mismo. O sea, palabras idénticas se refieren a una realidad que no es la misma siempre y en todas partes —a pesar de que ésto se creyó durante demasiado tiempo, cuando se concebía la diferencia cultural como mero retraso que debería ser superado cuanto antes. Encontrar, explicitar, aprovechar estas diferencias en el habla cotidiana para enriquecer la experiencia humana ya es común; lo que ahora toca es hacer lo equivalente con respecto a las ciencias antropológicas, no solamente en cuanto a los resultados de la investigación, sino también en cuanto a los procesos de generación del conocimiento mismo.

Paralelamente al surgimiento de la conciencia acerca de la existencia de diferentes «estilos» (Cardoso 1988:155ss; Cardoso y Ruben 1995) en las crecientes comunidades antropológicas del Sur ha surgido la sospecha de que ciertas dificultades de tipo epistemológico, teórico y metodológico no tratadas en la bibliografía disciplinaria tradicional no son pasajeras, marginales o circunstanciales, sino que tienen que ver con la utilización o forma de adaptación de la antropología a situaciones en las cuales los fenómenos socio-culturales abordados no son de la misma manera «otros» como para la antropología generada en el Norte. No se asume aquí, como también lo indica la cita de García Márquez, la existencia de fenómenos totalmente distintos, pero tampoco se acepta que sean totalmente iguales. Con esto estamos en el espacio de la pregunta por el carácter propio de la antropología generada en el Sur.

Cuando uno revisa las historias más usuales de la disciplina, los libros de texto y las revistas antropológicas más difundidas a nivel internacional, la antropología producida en los países del Sur, sus instituciones y practicantes casi no existen. Y cuando la antropología del Sur se hace presente, no pocas veces puede percibirse un consenso tácito de que se trata de algo tan dependiente y subdesarrollado como el Tercer Mundo en general, donde se desenvuelve esta antropología. Apreciaciones más benignas la conciben como una especie de eco o versión diluida de la disciplina propiamente dicha, que es y sigue siendo únicamente la generada en los países originarios, documentada por sus revistas y empresas editoriales, producida y transmitida en sentido pleno sólo en sus instituciones académicas y encuentros de especialistas.

Paradójicamente, tampoco es usual en el Sur que se haga visible la antropología del Sur. Tanto los cursos universitarios que se ocupan específicamente del desarrollo del «pensamiento antropológico», como los segmentos teórico-históricos de otros referidos a temáticas especiales, suelen presentar a la antropología de los países del Sur fundamentalmente como resultado de un proceso de difusión permanente a escala mundial, que tuvo y sigue teniendo un origen único en el seno de la civilización noratlántica y que la llevó a lugares hasta este momento exentos de reflexión



sobre contacto y diversidad cultural. Por más que a veces se agrega una asignatura sobre «antropología mexicana» o «pensamiento antropológico latinoamericano» a los cursos de teoría —que se supone que son centrales en el proceso formativo—, estos últimos no dejan de privilegiar de modo tal las relaciones de «reflejo», «extensión» o «apéndice» que se pierde de vista en el mismo Sur cualquier perfil propio de las antropologías del Sur.

Todavía está por verse en qué medida la durante muchos años frecuente impugnación de la antropología generada en el Norte como «ciencia burguesa», instrumento del imperialismo y de la contrainsurgencia, contribuyó a esta restringida y simplista visión de las cosas, a que tan pocas veces se produjeran críticas detalladas y a que cuando estas se intentaban, solieran tener como punto de referencia no tanto la situación empírica concreta del Sur y de su ciencia antropológica, sino determinadas corrientes de pensamiento generadas exactamente en los mismos países del Norte de los cuales provenía el objeto de la crítica.

Una consecuencia de lo anterior es que difícilmente las antropologías generadas en el Sur pueden aparecer como interlocutoras válidas de la antropología hegemónica, como participantes reales en una disciplina universal, de la cual forman parte. Al contrario, se actúa como si siguiera existiendo un único centro de difusión, donde —en sólo dos idiomas— se genera antropología científica, dejando de lado todas las demás antropologías, desde las que encuentran en la periferia de Europa hasta las más lejanas del Sur.

Obviamente, el reconocimiento de su origen histórico hacia fines del siglo pasado en el seno de la civilización noratlántica, permite comprender la existencia de la antropología en los países del Sur como resultado de un proceso de difusión. Lo que nadie querrá negar es que hubo un lugar en el tiempo y en el espacio donde se inició la disciplina; lo que sí se pone en duda es que este proceso se haya repetido durante los cien años posteriores y en la actualidad con las mismas características, produciéndose así un único tipo de antropología, que por igual se encuentra en el Norte y en el Sur.

Al contrario, en la situación actual las antropologías del Sur no son reductibles a meras extensiones o réplicas —acaso imperfectas— de un modelo original. Más bien nos encontramos ante formas de generar conocimientos antropológicos que tienen características propias que derivan precisamente de las particularidades culturales de las sociedades que las comprenden.

2- Las tensiones intrínsecas de las antropologías del Sur

Independientemente de las peculiaridades nacionales y regionales presentes a lo largo y ancho de América Latina, una breve mirada a su antropología puede servir para reconocer algo de esta diferencia que, por lo pronto, se expresa en lo que se podría llamar «tensiones intrínsecas». O sea, problemas típicos derivados

de la situación del Sur, que se encuentran en el centro mismo del proceso de producción de conocimientos antropológicos. A continuación se mencionan cinco de estas tensiones intrínsecas, que constituyen puntos particularmente cruciales para entender la antropología generada en América Latina y, al mismo tiempo, sugerencias para la investigación sobre las antropologías latinoamericanas y también elementos a tomar en cuenta para su fomento.

Una de estas tensiones se observa a lo largo de la formación académica. Al latinoamericano que estudia teoría antropológica (y el desarrollo histórico de ésta), frecuentemente en asignaturas (o segmentos de asignaturas) tales como evolucionismo, difusionismo, estructural-funcionalismo, neoevolucionismo, se le ofrecen cuestiones totalmente descontextuados. Así, la historia de la de la disciplina se reduce a una secuencia de enunciados ligados a los nombres de ciertos personajes, en la que Malinowski dijo, Radcliffe-Brown opinó y luego Evans-Pritchard se rebeló, etcétera⁶. La historia de la antropología se convierte en una historia de ideas y la teoría en una genealogía de autores. Una situación similar se da cuando no se la considera como ciencia sino como una especie de ideología burguesa o artilugio colonialista, de la que no hay nada que aprender, puesto que se trata de un reflejo mecánico de contradicciones entre clases y/o pueblos. En ambos casos se pierde la oportunidad de entender la antropología que se enseña y que se aprende como un proceso de producción cultural específico; se trata de un proceso, para seguir con el ejemplo mencionado, en el cual el esfuerzo intelectual de Evans-Pritchard era tan constitutivo como el relevo generacional al interior de su «escuela», la época en la cual vivía, la situación colonial caracterizada por la consolidación de sus sistemas administrativos, las características específicas de los pueblos africanos entre los que vivía o la situación del sistema universitario británico. Al tomar en cuenta todos y cada uno de estos elementos, se entiende cómo se crea y cómo se desarrolla una disciplina científica y en consecuencia, se le puede aprovechar para estudiar actualmente un fenómeno sociocultural a partir de estas bases.

Cuando los contenidos de estos cursos quedan abstractos, resulta muy difícil que alguien efectivamente pueda asumirse como heredero de esta tradición disciplinaria, como parte de un sujeto colectivo que genera estos enunciados en ciertas condiciones, las cuales no son «exteriores» a estos enunciados. Esto es tanto más importante en cuanto que este hacerse parte de este sujeto colectivo a través del proceso de formación académica no tiene como objetivo principal poder decir algo sobre la historia de la disciplina, sino aprovecharla para analizar la realidad empírica. Si uno no sabe si un concepto fue creado, criticado, revisado y utilizado en Inglaterra en los años previos a la Primera Guerra Mundial, o en Francia durante los cuarentas o en Italia a mediados de los años sesenta, en qué contexto, en relación con qué controversias y con respecto a qué coyuntura de qué fenómeno socio-cultural, entonces se vuelve

⁶ Estos «autores» quedan tan abstractos que la mayoría de los estudiantes de antropología no podrían reconocer una fotografía de cualquiera de ellos, mientras que muchos otros siguen creyendo que el iniciador del neoevolucionismo fue una señora de nombre Leslie. Las raquílicas bibliotecas en la mayoría de los centros latinoamericanos de formación y de investigación antropológica constituyen una firme barrera para cualquier estudiante o profesional de nuestra disciplina que tenga interés en acercarse de otro modo a la historia y los debates actuales.

casi imposible utilizarlos adecuadamente y, más todavía, combinarlos con otros en una teoría coherente. Demasiadas veces los cursos de teoría antropológica sólo ilustran (en el sentido de que proporcionan algo de cultura disciplinaria) en vez de convertirse en los instrumentos claves para aprehender la realidad. La consecuencia de todo esto es lo que ha sido llamado «presentismo»: con frecuencia el antropólogo latinoamericano conoce su tradición disciplinaria sólo como mero antecedente. Por ello le suele parecer más prometedor acercarse a propuestas y resultados de investigación de contemporáneos que hablan desde cualquier perspectiva disciplinaria del fenómeno empírico que le interesa, reduciéndose así más aún la posibilidad de reconocerse como parte de esta tradición y contribuir a su desarrollo.

La segunda tensión —íntimamente vinculada con la anterior— tiene que ver con el hecho de que las discusiones antropológicas del Norte llegan no solamente fuera de contexto, sino «por regla general . . . diez años después de iniciado un movimiento y cuando éste ya está superándose en las metrópolis» (Miranda 1984:582). Esta situación tiene sus inconvenientes, porque la generación de conocimientos es un proceso de discusión abierto en el que muchas veces los propios autores modifican sus enunciados o cambian de opinión, precisamente a causa de aportes de colegas al debate. Pero en el Sur a menudo se discuten sólo fragmentos de los debates desarrollados en el seno del Norte, lo que lleva en ocasiones a que se defiendan o ataquen ideas que ya ni siquiera sus autores mantienen. A esto se agrega que las bibliotecas de las instituciones académicas del Sur pocas veces permiten al estudioso el acceso a toda la obra de un autor, por lo que éste suele identificarse simplemente con la o las obras que han sido traducidas al castellano. Es decir, no se permite al estudioso latinoamericano introducirse realmente a una determinada «subcultura» —en términos del profesor Cardoso (1988:167)— de la antropología; al contrario, todos sus componentes se tratan precisamente como si no fuesen parte de una cultura, sino como elementos materiales a-culturales que mantienen su identidad independientemente del lugar y del tiempo en el que se encuentran. La tercera tensión inherente a las antropologías del Sur se encuentra estrechamente ligada a las dos anteriores. Si en casi todos los países del Sur a veces ya resulta difícil encontrar cursos sobre la historia o el presente de la antropología nacional, esta situación se agudiza mucho al tratar de encontrar cursos y especialistas que aborden la generada en otro país del mismo Sur.

A pesar de que se suele reconocer que los países del Sur en general y los latinoamericanos en particular comparten muchas características, por lo que se podría esperar una interacción sumamente fructífera entre sus antropologías y las comunidades nacionales de sus practicantes, hay un gran desconocimiento mutuo por doquier; en México, por ejemplo, tal desconocimiento de la antropología brasilera, ecuatoriana o colombiana (de la generada en África, Asia u Oceanía ni hablar) contrasta viva y hasta

curiosamente con lo que se sabe, incluso en cuanto a detalles insignificantes, de la francesa, norteamericana o inglesa.

Las razones de este desconocimiento son muchas y conviene recalcar aquí lo que vale también para las tensiones anteriores: no se producen tanto porque haya falta de interés o capacidad por parte de determinados individuos. Una mirada al interior de los diferentes países del Sur nos ilustra rápidamente. Por ejemplo, en México se publica una veintena de revistas y anuarios especializados en antropología⁷, pero sería casi imposible encontrar a un miembro de la comunidad antropológica mexicana que esté al tanto de los contenidos respectivos. El problema radica en que las «publicaciones» antropológicas suelen ser auténticas «clandestinaciones»: casi no circulan. ¿Qué se puede entonces esperar del conocimiento mutuo entre las comunidades de practicantes en el Sur, donde los avisos editoriales, la operación de distribuidores y librerías, el correo y los pagos a distancia enfrentan problemas aún mayores que en un mismo país? Dicho sea de paso que la práctica predominante de realizar posgrados extranjeros casi sólo en el Norte, contribuye a cimentar este desconocimiento Sur-Sur.

La cuarta tensión se refiere a que en los países del Sur, con sus sistemas educativos heterogéneos y débiles, con significativos porcentajes de analfabetismo y con la identificación de ciertos elementos de ciencia y más aún, de tecnología como símbolo, meta y garantía del progreso general, casi no existen cuestionamientos a fondo de la «ciencia». Parece haber muy poca conciencia de que la ciencia no es algo «natural», libre de toda sospecha, intrínsecamente benéfico, que avanza de manera inevitable. Pero también aquí las recientes cumbres mundiales organizadas por la Organización de las Naciones Unidas sobre población, medio ambiente y clima, el repunte de epidemias que se suponían definitivamente controladas, las condiciones ambientales cada vez menos satisfactorias en las grandes urbes latinoamericanas y el problema cada vez menos manejable de los desechos de todo tipo, amén de la brecha creciente entre quienes tienen acceso a los beneficios del avance tecnológico-industrial, constituyen poderosos impulsos para preguntarse no sólo sobre los efectos del conocimiento científico como tal, sino sobre el carácter del mismo como producto de una determinada civilización. Como es sabido, éste ha servido para propósitos muy diversos y, en términos generales, puede afirmarse que parece producir conocimientos y apoyar prácticas que están poniendo en peligro la sobrevivencia misma de la especie humana. Una pregunta sumamente importante es si ello se debe únicamente al hecho de que éstos o aquéllos resultados de la investigación científica sean aprovechados en diferentes sentidos, o si nos encontramos aquí ante un efecto provocado necesariamente por la misma estructura de este tipo de conocimiento.

Para los practicantes de la antropología en el Sur, tales cuestionamientos se plantean con agudeza particular, pues, por

⁷ Véase la lista contenida en el volumen 1 (1995) del anuario *Inventario antropológico*, editado por el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

una parte, ellos se encuentran convencidos de contar con un instrumento cognitivo cuyo potencial radica precisamente en el hecho de ser ciencia. Pero, por otra parte, su práctica de la ciencia antropológica se realiza exactamente en aquella parte del mundo que tiene que pagar los costos más altos del avance científico-tecnológico (desde ser usado como laboratorio para toda clase de experimentos, incluyendo los militares, hasta fungir como lugar de reserva de recursos naturales y como depósito de desechos peligrosos), a pesar de que sectores cada vez más numerosos están completamente excluidos de estos «avances». Además, precisamente los antropólogos se encuentran confrontados en sus investigaciones con formas distintas de conocimiento. Esta situación que, aparte de cualquier otra consideración, pone en duda también los usualmente incontestados imperativos que los detentadores del poder dirigen a la población para obligarlos a nuevos sacrificios y para cuya justificación aducen usualmente el conocimiento científico y las exigencias de la tecnología productiva.

La última tensión que puede mencionarse aquí es la situación general de las instituciones académicas, que siguen siendo los principales focos de generación de conocimiento antropológico en el Sur. Como es sabido, a diferencia de casi todos los países del Norte, con contadas excepciones, en América Latina los profesores universitarios no constituyen un sector prestigioso, influyente⁸ o siquiera bien pago. Pero más allá de esto, hay que preguntarse sobre lo que significan las universidades en América Latina para la población e incluso para los mismos universitarios. ¿Quién realmente cree que en una universidad de Bogotá, México o Mérida se van a producir respuestas efectivas a los problemas médicos, energéticos, tecnológicos, ecológicos, alimenticios, arquitectónicos, administrativos, de transporte, abasto, telecomunicaciones, etcétera siquiera del propio país o incluso ampliar las bases cognitivas del quehacer científico? ¿Quién realmente está convencido de que nuestras universidades son, o pueden ser, instrumentos decisivos en la creación de conocimiento necesario para una vida mejor de todos los ciudadanos?

Al contrario, por doquier en el Sur puede observarse desde hace tiempo una desvalorización de las universidades: su objetivo no es generar conocimientos, sino producir egresados; éstos últimos, por su parte, usualmente son instruidos por quienes no participan en la generación de conocimientos y quienes sólo les enseñan a «aplicar» conocimientos generados en otra parte del mundo. Ese tipo de universidades es, sin duda, un obstáculo importante para la consolidación de las ciencias en el Sur y sin su transformación completa es difícil imaginarse la consolidación de una auténtica antropología del Sur.

Las cinco tensiones inherentes a las antropologías del Sur que se acaban de mencionar, obviamente, no las caracterizan completamente, pero sí proporcionan pistas importantes para profundizar en su conocimiento: la tensión entre la pertenencia a una tradición y la predominancia de procesos de incorporación de

⁸ Un indicador de esto es que en un país como México con sus cerca de noventa millones de habitantes, el tiraje de un libro científico-académico suele ser de apenas mil ejemplares...

sus futuros especialistas, que muchas veces no permite que esta tradición se convierta en una base disciplinaria efectiva para abordar la realidad empírica; la tensión entre la necesidad de ubicarse adecuadamente en el debate científico a nivel internacional y la recepción fragmentada y desfasada de la discusión que se lleva a cabo en los países centrales; la tensión entre el reconocimiento de la cercanía con las demás antropologías generadas en el Sur y la imposibilidad práctica de informarse al respecto y de vincularse con ellas; la tensión entre la adscripción de la antropología al campo del conocimiento científico y la necesidad de cuestionar severamente esta forma de conocimiento; la tensión entre el potencial indiscutible de la organización universitaria de la antropología y la reducción de la mayoría de estas instituciones a simples instrumentos de reproducción de conocimientos generados en otras partes y en función de otros intereses sociales.

3- Puntos de partida

Afortunadamente, la coyuntura actual ofrece múltiples puntos de partida para el desarrollo de la investigación sobre, y el fomento de, las antropologías del Sur como contribuciones propias a la generación del conocimiento antropológico general. Hay toda una serie de impulsos en el debate actual para hacernos más conscientes acerca de las características de las antropologías que hacemos y para plantearnos con más claridad las metas por alcanzar.

Así, por ejemplo, a pesar de todas las críticas que se pueden y deben hacer a las corrientes de tipo hermenéutico que recientemente han estado cobrando auge, y a pesar del peligro de sustituir el conocimiento antropológico de la realidad por el conocimiento de los antropólogos, ellas pueden tener un importante papel al dirigir la atención hacia la necesidad permanente de examinar la relación entre los antropólogos y sus fuentes de datos, particularmente entre los estudiosos y los estudiados, entre productores y receptores del conocimiento antropológico. También resulta alentador que en varios países del Sur se han formado grupos de trabajo sobre aspectos del desarrollo histórico de la antropología en países del Sur y sobre aspectos epistemológicos y metodológicos. (Cfr. Cardoso 1988; Cardoso y Ruben 1995; Leite Zarur 1990; Arizpe y Serrano 1993).⁹ En relación con esto parece prometedor el que actualmente se estén abriendo posgrados en varios países latinoamericanos, pues así se podrían plantear nuevas formas de inserción de las tradiciones locales del Sur recuperadas en el debate antropológico universal. Finalmente, la revisión todavía pendiente de lo que ha sido y lo que sigue siendo el aporte del marxismo a la antropología latinoamericana, también hará avanzar el análisis del pasado y del presente de las antropologías en esta parte del Sur.

Ante este trasfondo pueden comentarse varios puntos de partida específicos para el desarrollo de las antropologías del Sur, que se

⁹ Véase también el número monográfico sobre «Antropologías latinoamericanas» de la revista *Alteridades* (vol. 3, 1993, número 6) y los primeros dos números del boletín *Antropologías del sur*. Además existe ya un buen número de trabajos sobre aspectos históricos particulares en diversos países latinoamericanos.

encuentran directamente relacionados con las tensiones esbozadas en el apartado anterior; es más, en cierto sentido, constituyen una relectura que intenta identificar el potencial positivo de estas tensiones.

En primer lugar hay que reconocer que aunque la antropología hegemónica suele llegar a América Latina frecuentemente de manera descontextualizada, fragmentada y desfasada, es importante que nos lleguen prácticamente todas las corrientes de pensamiento antropológico generados en el Norte. Esta situación, por cierto, difiere de la que se da en muchos lugares del Norte, donde se privilegia a menudo tanto el debate principal del propio país que se pierde de vista, casi por completo, cualquier antropología más allá de la frontera. En cambio, al Sur llegan investigadores de campo y conferencistas, libros y revistas provenientes de todas las tradiciones del Norte y quienes asisten a reuniones académicas y estudian posgrados en los países del Norte también se convierten en comunicadores de esta polifacética antropología. La riqueza de información e ideas que de esta forma llega a las comunidades de practicantes del Sur podría aprovecharse mejor si hubiera mayor trabajo en común para examinar con cuidado, y ante el trasfondo de la situación propia, todas estas tradiciones o subculturas antropológicas del Norte con sus posiciones paradigmáticas y propuestas metodológicas. También sería muy interesante comparar cómo determinadas influencias llegan y se transforman en destinos distintos; por ejemplo, cómo llega y se recibe la influencia gramsciana en los estudios sobre cultura popular en Brasil, Colombia o México, y adquirir, a través de este ejercicio, mayor sensibilidad en la percepción de los distintos estilos cuyo conjunto configura la naciente antropología del Sur.

Conviene advertir nuevamente que el análisis tendría que tener mucho cuidado con las palabras. Para mencionar un ejemplo, en el debate sociocientífico y político europeo actual, se habla mucho de multiculturalidad y es grande la tentación de «aplicar» este concepto directamente en los países latinoamericanos. Sin embargo, aquí la multiculturalidad tiene un origen totalmente distinto, ya que se encuentra indisolublemente ligada a la invasión y la conquista por parte de Europa. Así, a pesar de utilizar una misma palabra, los referentes son muy diferentes y no debe darse la impresión de hablar de lo mismo. Además, será precisamente a partir del reconocimiento de estas diferencias que finalmente se terminará enriqueciendo el debate sobre la multiculturalidad también en los países del Norte.

El segundo punto de partida sería la urgente recuperación de los antecedentes propios, que en varios países latinoamericanos ya se ha iniciado. Ciertamente la antropología nació en la civilización noratlántica y no acá. Sin embargo, muchos de los escritos de los viajeros europeos y latinoamericanos decimonónicos, o sea, de gente que se interesó por las culturas indígenas y populares de su país o región en Europa y en América Latina, son bastante semejantes, incluso con respecto a los autores que con el tiempo fueron



considerados los primeros antropólogos propiamente dichos. Claro está que no se pretende revertir la historia de nuestra ciencia y descubrir otro origen de la misma. Pero tampoco podrá entenderse cabalmente la situación actual si se deja completamente de lado la historia de lo que suele llamarse pensamiento social: el trabajo de los folcloristas y los escritos de quienes hacían (y todavía hacen) historia local o regional. Con respecto a sus textos, será importante no utilizarlos como simple acervo de datos, sino, ante todo, tratar de estudiar cómo generaron y elaboraron su información y cómo y en qué marcos institucionales fueron discutidos y evaluados sus aportes y por parte de quiénes y qué relación tuvo todo esto con procesos políticos y sociales más comprensivos, tratando así de reconstruir formas —a menudo rotas o cortadas, pero a veces de algún modo operantes todavía— de producir conocimiento antropológico. Aunque también en América Latina se está ya lejos de los orígenes decimonónicos, probablemente existan conexiones del pasado con el presente y éstas hay que verlas de la misma manera como se aborda lo que se trató en el punto anterior, o sea, las influencias más recientes y contemporáneas en las antropologías del Sur.

El tercer punto de partida es una visión más crítica hacia la ciencia. Esto empieza, por ejemplo, con la acostumbrada división de las ciencias en dos clases, donde usualmente a la antropología le toca estar en la que parece menos ciencia. Pero ¿por qué aceptar que somos practicantes de las ciencias blandas mientras que las otras son las duras, caracterización que parece implicar que aquellas son las macizas, las verdaderas y la nuestra algo fangoso, pantanoso? ¿Por qué no decir, por ejemplo, que nosotros pertenecemos a las ciencias flexibles y las llamadas naturales o exactas a las rígidas? En seguida cambia el matiz valorativo espontáneo.

Existen muchos matices cuando se habla de la ciencia y su consideración puede ser un interesante camino hacia la problematización de esta forma de conocimiento. En relación con esto, resulta conveniente reparar en el hecho de que, a pesar de que la mayor y más creativa parte del conocimiento antropológico en los países del Sur se produce en las universidades y en relación con las universidades, hay cada vez más antropólogas y antropólogos —en algunos países son la mayoría— que trabajan fuera de la academia y hasta tienen una relación conflictiva con ella. ¿Cómo articular los conocimientos generados en contextos institucionales y laborales muy diversos con lo que se produce en y se difunde desde la academia? Esta articulación haría más visible las consecuencias del modelo universitario actualmente dominante, impuesto en todo el continente, incluso a través de instituciones de financiamiento internacional. Un aspecto necesitado de atención especialmente urgente es el sometimiento de la generación de conocimientos sobre la esfera sociocultural a la dinámica y a los parámetros de evaluación de las disciplinas científicas llamadas «duras». Podría parecer que los antropólogos

que trabajan actualmente bajo el peso de los nuevos sistemas de evaluación producen antropología como antes y la evaluación queda externa al proceso de generación de conocimiento. Pero tales sistemas se convierten en parte integrante de este proceso y se produce ahora antropología de otra forma, por ejemplo, escogiendo temas, canales de publicación e interlocutores estrictamente en función de estos sistemas. Estos desconocen la realidad de América Latina y niegan la especificidad de las ciencias sociales (Krotz 1995) por lo que se puede hablar de una doble imposición; sin embargo, parece que no ha habido respuesta organizada por parte de las comunidades profesionales, únicamente adaptación.

A estos tres puntos de partida para ahondar en el conocimiento de las características y el potencial de las antropologías generadas en América Latina —el estudio y la intensificación en cuanto a cantidad y calidad de las discusiones provenientes del Norte y la articulación con ellas a partir de la situación propia, la recuperación de los antecedentes históricos particulares de cada país y a través de la comparación sistemática, en todo el subcontinente, la problematización radical de la ciencia como una forma de conocimiento necesitada de justificación con sus instituciones y mecanismos de operación— se agrega uno más, de presencia particularmente significativa en toda la historia de la antropología en el Sur.

Se trata de la relación particular entre antropología y política. Esta ha sido la causa de muchas situaciones difíciles y bien conocidas. En las universidades de casi todos los países latinoamericanos hubo durante lustros una especie de sobrepolitización e ideologización a la que seguramente nadie realmente interesado en la generación de conocimiento antropológico querrá regresar. Sin embargo, nada permite celebrar, como mejoría, la fuerte tendencia hacia la despolitización completa, que hoy se observa en muchas universidades de la región.

Si entendemos «política» no en el sentido pervertido, que le han dado los ajustes de cuenta personales y las peleas por puestos, favores e influencias en no pocas instituciones académicas, sino en su sentido sustantivo, dirigida al bien de la ciudadanía, entonces hablar de la relación entre antropología y política significa hablar de una determinada relación entre las actividades de las comunidades antropológicas y el conjunto de los ciudadanos. O sea, hablamos de la dimensión ética de la creación y difusión de conocimientos antropológicos. También aquí hay, desde luego, situaciones similares a las que conocemos de la bibliografía generada en el Norte. Pero también hay muchas diferencias.

Así, por ejemplo, los antropólogos en el Sur se relacionan de una manera especial, distinta de la de sus colegas del Norte, con las diferencias culturales, y esto en buena medida porque las estudian casi siempre en sus propios países. Aquí es mucho menos ocultable que las múltiples diferencias culturales, que constituyen la riqueza de una sociedad y, al fin y al cabo, de la humanidad entera, se encuentran atravesadas por una desigualdad fundamental

y que ésta última incluso le otorga matices y significados específicas a las primeras. La cotidianidad nuestra sigue estando profundamente marcada por el antagonismo entre quienes controlan el poder y la riqueza socialmente creadas y quienes siguen siendo candidatos permanentes a sufrir, según una expresión de Bartolomé de las Casas, «la muerte antes de tiempo». Denunciar esta escandalosa situación no implica exigir una instrumentalización inmediata del trabajo científico en antropología a favor de aquellos a quienes estudiamos la mayoría de las veces y que suelen ser más víctimas que beneficiarios, y casi nunca, protagonistas de la modernidad. Pero sí recuerda que la defensa de la diferencia enriquecedora no debe contribuir a eludir el combate de la desigualdad aniquiladora que, de una manera u otra, constituye también la hipoteca más pesada de las antropologías del Sur en ciernes. 

Referencias

Arizpe, Lourdes y C. Serrano

1993 *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*. México: Ed. UNAM.

Cardoso de Oliveira, Roberto

1988 *Sobre o pensamento antropológico*. Rio de Janeiro: Ed. Tempo Brasileiro

Cardoso de Oliveira, Roberto y G. Raul Ruben (orgs.)

1995 *Estilos de antropologia* Campinas: Ed. da Unicamp

Gabriel García Márquez

1986 «Fantasía y creación artística en América Latina y el Caribe», En: P. González Casanova (coord.) *Cultura y creación intelectual en América*. México: Ed. Siglo XXI

Krotz, Esteban

1981 «¿Ciencia normal o revolución científica?» *Relaciones* II, 5: 63-97.

1995 «¿Ciencias sociales y humanidades en el lecho de Procusto? Consecuencias de la evaluación académica institucional.» *Boletín de la Academia de la Investigación Científica* 26: 21-27 (septiembre-octubre).

Miranda O., Néstor

1984 «Antropología marxista, ¿proyecto o realidad?» En: Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds.) *Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia*, pp. 573-607. Bogotá: Ed. Etno.

Zarur, Leite, G. d. C. (ed.)

1990 *A antropologia na América Latina*. México: Ed. IPGH.